

Dos mujeres, dos caminos distintos y una misma convicción: transformar desde el territorio. Laura y Yelitza lideran con empatía, escucha y compromiso social en Santander.



Laura Marcela Ramírez Acevedo

## Educación con sentido social

PAOLA ESTEBAN C.  
besteban@vanguardia.com

El cambio llegó sin previo aviso. Un día estaba al frente de la proyección social universitaria, liderando programas desde la parte administrativa, y al siguiente, por una situación inesperada, tuvo que asumir un nuevo rol: el de docente en aula. No fue fácil. Al principio hubo dudas, resistencia, incluso temor. Pero también una oportunidad: la de volver a conectar con su vocación más profunda, esa que desde niña la llevó a interesarse por los otros, por sus historias, por las desigualdades que los atraviesan. Y fue en ese cambio forzado donde Laura Marcela Ramírez Acevedo encontró el sentido más pleno de su trabajo: inspirar a quienes, como ella, creen que transformar el mundo es posible desde lo colectivo.

“Ese momento me obligó a retomar el rumbo, no solo laboral, sino personal”, recuerda. Hoy, como docente en Uniminuto y becaria de Lideremos, Laura promueve un aprendizaje con sentido social, conecta a sus estudiantes con el territorio y siembra en ellos la convicción de que se puede liderar con empatía y compromiso.

Desde el colegio, Laura alzaba la voz frente a las injusticias y buscaba conectar con los demás. Esa sensibilidad se convirtió en vocación cuando eligió Trabajo Social por convicción: “Tiene una mirada más comunitaria, más integral. Me da herramientas reales para transformar vidas”.

En un país de desigualdades, elegir el trabajo social es abrazar una forma de vida. “Esta carrera me ha marcado profundamente. Me enseña a vivir con empatía y a ver oportunidades donde otros ven carencias”, dice Laura.

Laura ha trabajado en lo rural, en lo ambiental y en la educación, siempre con una premisa clara: el trabajo social no es salvar, es acompañar. “Es caminar al lado, inspirar, confiar en la capacidad del otro para transformar su realidad”, afirma.

Ingresar al mundo académico fue un reto. “Ser docente no es solo enseñar, es conectar con los proyectos

de vida de los estudiantes e inspirarlos a ir más allá de sus propias expectativas”, dice Laura.

Laura impulsa un “aprendizaje experiencial”: lleva a sus estudiantes al territorio, a trabajar con comunidades y generar impacto real. “No es solo una clase, es mostrar que pueden transformar desde su lugar”, afirma.

“El trabajo social no es salvar, es caminar al lado del otro”, dice Laura Marcela Ramírez Acevedo.

Como becaria de Lideremos, Laura busca formar jóvenes que lideren el desarrollo en sus comunidades. “Quiero fortalecer su liderazgo, su compromiso social”, dice.

Laura sabe que el principal desafío en Santander no es solo económico o ambiental. Es emocional. Es la desesperanza. “Hay una falta enorme de oportunidades educativas y laborales. Muchos jóvenes sienten que no hay futuro. El reto es reconstruir el tejido social desde la confianza: en sí mismos, en su entorno, en las organizaciones comunitarias”, explica.

Por eso su sueño es grande pero concreto: una educación que no sea un privilegio, sino un derecho con sentido. Una educación que genere impacto, que se sostenga en el tiempo, que se construya con las comunidades y no desde afuera.

“La sostenibilidad no es un lujo, es una necesidad. Y se logra cuando las personas se apropian de sus procesos”, dice.



Suministrada / VANGUARDIA

Yelitza Oliveros

## Una voz rural en Santander

PAOLA ESTEBAN C.  
besteban@vanguardia.com

Una mañana cualquiera de agosto de 2020, en plena emergencia sanitaria por la pandemia del COVID-19, Yelitza Oliveros recibió una llamada que no esperaba. Del otro lado de la línea estaba el alcalde de Bucaramanga. Había revisado su hoja de vida, le sorprendía su paso por el Ejército como asesora y quería entrevistarla. El cargo: directora del Cuerpo Oficial de Bomberos de la ciudad.

“Tenía una profunda convicción de servicio”, recuerda. Así comenzó a liderar una institución técnica y masculina en plena crisis de ciudad.

No era su primer reto, ni el más difícil. Para entender a Yelitza, hay que volver a su infancia en una familia campesina de Tona, Santander. Desde allí forjó un liderazgo silencioso y firme, hecho de empatía, disciplina y una profunda vocación humana.

“Mi abuela fue el eje de todo”, cuenta Yelitza. En Tona, fue una líder comunitaria ejemplar.



Suministrada / VANGUARDIA

Creer con ese referente le enseñó que servir no es algo extraordinario, sino una forma de vivir.

Con esa base, Yelitza estudió Derecho y comenzó su trayectoria en el sector público asesorando procesos de contratación. Pero fue en 2015, con el primer concurso de méritos organizado por la ESAP para elegir personeros, cuando encontró el rumbo de su vocación.

Se presentó y ganó en cinco municipios. Eligió Charta. “Estaba cerca de Bucaramanga y yo acababa de tener a mi primer hijo. Me fui entre semana al pueblo con el bebé”, recuerda. No imaginaba que ese pequeño municipio cambiaría su forma de entender el servicio público.

Cuando Yelitza llegó a Charta como personera, encontró un municipio marcado por el conflicto y el abandono institucional. Asumió con decisión, acompañó procesos de memoria, apoyó a víctimas y enfrentó la pandemia casi sola. “En pueblos así, la personera siente lo que el alcalde no hace”, dice. Esa experiencia transformó su forma de ver los derechos humanos: no como discurso, sino como decisiones que se viven o se niegan cada día.

Tras cuatro años en Charta, su trayectoria llamó la atención del alcalde de Bucaramanga, quien la invitó a dirigir el Cuerpo Oficial de Bomberos. Aunque no tenía formación técnica, asumió con un enfoque claro: dignificar la labor de los bomberos y fortalecer la gestión desde los derechos. Durante su mandato (2020-2023), impulsó campañas preventivas, promovió alianzas con otras ciudades y defendió un liderazgo que escucha, reconoce y trabaja en colectivo. “Nunca quise figurar, sino construir algo que hablara por todos”, afirma.

Yelitza cree que el liderazgo no se basa en el control, sino en la escucha sin prejuicios. “Entender al otro me ha permitido articular procesos y generar cambios reales”, afirma. Yelitza ha visto cómo muchos liderazgos fallan por no entender el contexto. “No se puede liderar desde el escritorio. Hay que caminar el territorio y reconocer los saberes que ya existen”, afirma. Desde El Gramal, actualmente estructura un proyecto de escuela de liderazgo rural.

“No se puede liderar desde el escritorio. Hay que caminar el territorio y escuchar sin imponer.”

”